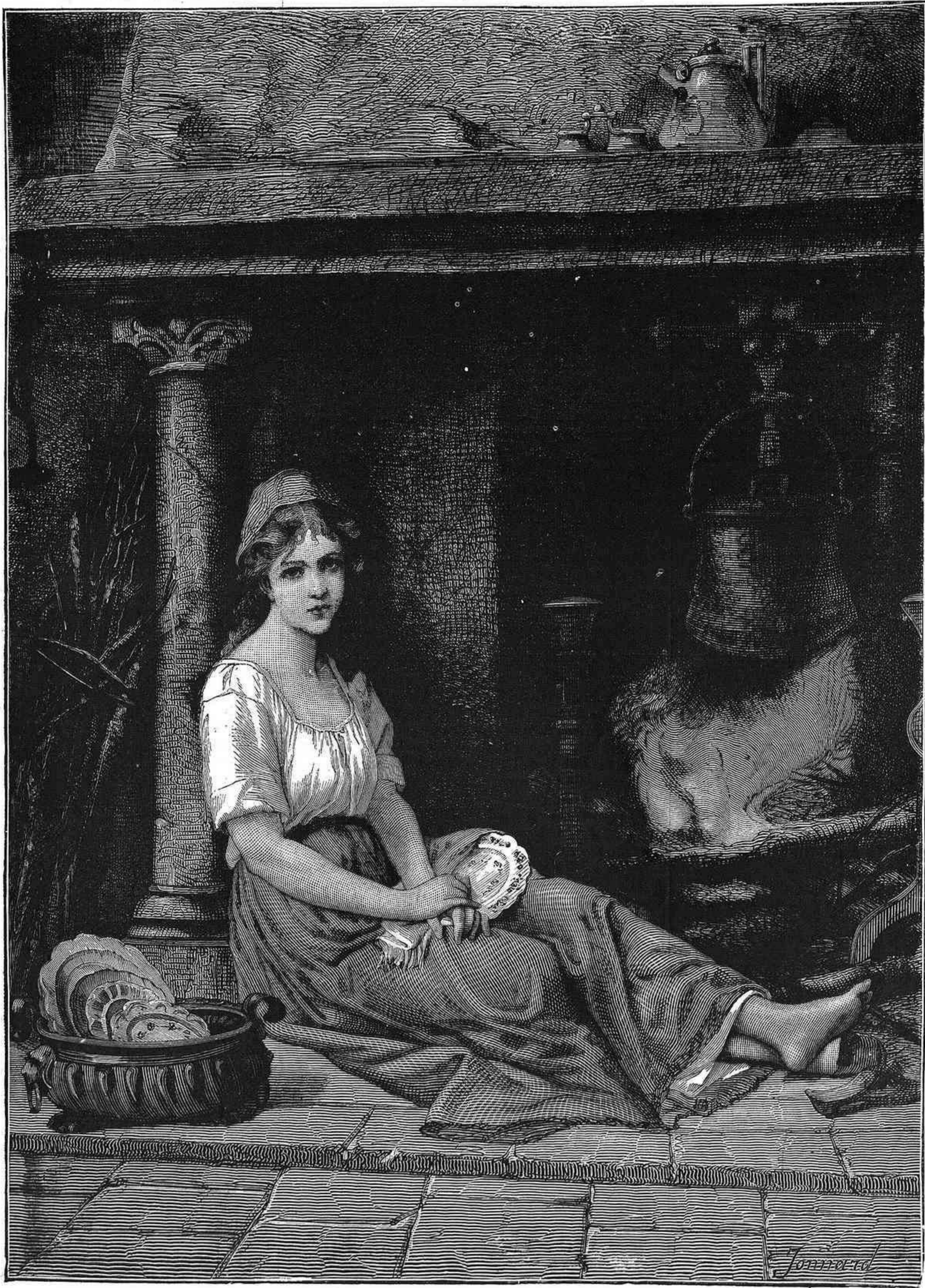




AÑO II

→ BARCELONA 3 DE SETIEMBRE DE 1883 →

NÚM. 88



CENICIENTA, cuadro por C. Jonnard

SUMARIO

REVISTA DE MADRID, por don Pedro Bofill.—NUESTROS GRABADOS.—LAS CASTAÑUELAS DE PEPA (*Continuación*), por don Manuel Fernández y González.—LA GUITARRA DE DOS CUERDAS, por don Andrés Belmonte.—LAS GRANDES EPIDEMIAS, *La peste*.—*La fiebre amarilla*, por el doctor Hispanus.

GRABADOS.—CENICIENTA, cuadro por C. Jonnard.—ASESINATO DE IWAN NARYSCHIN EN PRESENCIA DE LA CZARINA SOFÍA, cuadro por Korsuchin.—GITANA, dibujo por Inglada.—ENSAYO DE INDEPENDENCIA, cuadro por Gustavo Sus.—LA LECCION DE GEOGRAFÍA, cuadro por E. Pagliano.—Lámina suelta: VISTA DE HAMBURGO

REVISTA DE MADRID

Pintores y viticultores.—La filoxera.—Remedio de fantasía.—El soborno de los insectos.—La diplomacia y el queso.—Fulgores bélicos.—La paz y la guerra.—Estímulo de los animales.—Filosofía de un protector.—Designios de lo alto.

Parece que aún somos fuertes.

Es decir, aún tenemos algun poder para ganar victorias.

Y son de las más pacíficas. Las batallas y las acciones de guerra se presentan pintadas, y no hay, por tanto, derramamiento de sangre.

Lo único que se ha derramado ha sido vino.

Refiérome á los triunfos obtenidos por los pintores y los viticultores españoles en las dos exposiciones de Munich y de Amsterdam.

* *

Resulta, pues, que nuestras pinturas y nuestros vinos son muy estimados en el extranjero.

Los pintores ya procurarán, por lo que á ellos les toca, mantener el brillo de su fama. Pero la vid tiene un enemigo formidable que no cesa de combatirla.

Es la filoxera.

Otra vez vuelve á hablarse de este terrible insecto.

¿Qué pretende?

¡Una friolera! ¡Dejarnos sin vino, sin inspiracion, sin alegría, cegar la fuente de nuestras ideas más grandiosas; arrebatar nos las divagaciones y las quimeras del cerebro!

No puede ser. Pero es preciso obrar con cautela. Hace tiempo que la ciencia se ha puesto sobre aviso—que es la mejor de las cabalgaduras imaginables—y en las Academias, en las corporaciones y en los gabinetes particulares se ha declarado al insecto guerra sin cuartel, al paso que la filoxera ha respondido con el grito unánime de «¡guerra sin cepas!»

La filoxera procede con verdadero arte estratégico. Siendo el vino lo más fuerte que nosotros tenemos, el temible insecto empieza atacando nuestras fortalezas.

Yo creo que ya no cabe más remedio que sobornar al enemigo y vencerle á fuerza de agasajos.

He aquí un remedio de pura fantasía.

Yo establecería una especie de Congreso de sabios en el punto de España donde la filoxera hiciese más estragos.

El programa habia de ser muy variado. Recepciones, bailes, grandes banquetes, partidas de caza, espectáculos de todas clases, hípicas, gimnásticos, pirotécnicos, bufos...

En fin, todo lo mejor para divertir á la filoxera.

Al principio se resistiría, no cabe duda. Imaginad un lacedemonio, acostumbrado desde la infancia á la sopa negra de Esparta, puesto de repente ante un festin de Atenas y tendreis idea de la repugnancia que los manjares de los sabios habian de producir en los parcos estómagos de los insectos. Pero, primero el más audaz de todos ellos, despues una docena, luego mil y al final todos se trocarian en sibiritas. El primer paso es lo que cuesta: una vez levantado el pié se irá rodando por la pendiente.

—¿Cómo llamais á esto?—preguntará un destructor de cepas.

—Eso es una pechuga,—contestaría, con voz gangosa un sabio, calándose los anteojos para ver más á las claras.

Y el insecto sacaría un libro de memorias y apuntaría: «¡Las pechugas, excelentes!»

—¿Y esto?—interrogarian otros.

—Ostras.

—Filete.

—Foie gras.

Etc., etc., etc.

Las lenguas filoxéricas chascarían en señal de satisfaccion infinita.

Entonces diría un sabio:

—¿Quiéren un poco de vino?

—¡Con mucho gusto! Lo probaremos.

Pausa.

—¿Qué tal?

Todos los insectos paladeando:—¡Soberbio! ¡admirable! ¡divino! ¡archifiloxérico!

* *

El momento crítico habia llegado. Cuando el pez muerde en el anzuelo se necesita mayor prudencia que nunca.

Entonces debería levantarse el más insigne de los sabios.

—Pues bien, excelentes señores,—diría,—esto sale de las cepas. (*Atencion*.) La viña es la creadora del liquido que en este momento enardece nuestro cuerpo. ¡Y

vosotros lo destruis inconscientemente! (*Sensacion*.) ¿No seria mejor que abandonarais este oficio, y en vez de aniquilar las viñas os dedicarais á disfrutar de los manjares que habeis saboreado y á beber el vino de nuestras bodegas? (*Muestras de asentimiento. Menudean los tragos*.) Vuestra actitud me da á comprender que no desaprobais mi pensamiento. Pasais una vida endiablada, siempre en el campo, y afanados constantemente en la misma tarea. Venios á Madrid. Allí hay empleos para vosotros. Si quereis seguir vuestros instintos, tampoco os faltará ocasion para ello; podreis dedicaros á cualquiera de las mil grangerías que redondean á un hombre á costa de los demás prójimos. Pero en cambio tendreis banquetes á estilo del que acabamos de daros, y podreis trasegar el zumo de la vid hasta caer os sin sentido debajo de la mesa. ¡Ea, pues! nobles insectos ¿aceptais mis proposiciones?

Todos en coro:—¡Aceptamos! ¡aceptamos!

¡Y España seguiría siendo el país de los mejores vinos!

* *

Eso de arreglar las cosas por medio de banquetes, es muy antiguo, y en muchísimas ocasiones los diplomáticos más severos han trocado las notas y los protocolos por el trinchante.

Ahora que se respira en la atmósfera un aire marcial y belicoso no estará fuera de cuento el recordar una anécdota de un antiguo secretario de embajada y referida por el primero de los cronistas parisienses.

Corría el mes de enero de 1815. Napoleon I habia caído en la red que le tendiera la sagaz Inglaterra; y un congreso de plenipotenciarios, príncipes y reyes convocado en Viena se entretenía en deshacer el mapa á fin de quitar importancia á la nacion francesa. Cortábanse multitud de plumas, se discutía, se bailaba alguna que otra vez y se comía colectivamente todas las noches.

Lord Castlereagh,—el mismo que más tarde se suicidó con una navaja de afeitar,—era el anfitrión cierta noche en que la comida estaba muy animada. Se habian servido los postres:

—A un lado la política, señores,—dijo el príncipe de Ligne.—Hablemos de las maravillas que tenemos á la vista.

Y olvidando Rusia sus malas inteligencias con la Gran Bretaña, y las futuras rivales Prusia y Austria echando á un lado sus rencillas se entabló una viva controversia acerca de la superioridad de los quesos, en la cual cada uno de los convidados defendía los intereses de su país con un celo tan caluroso como si se hubiese tratado de la reivindicacion de alguna provincia.

El príncipe de Talleyrand pidió la palabra:

—Señores,—dijo con una gravedad que no se habia notado en él desde la apertura del Congreso,—notad que Francia no tiene representante de su industria en esta mesa, y le asiste el derecho de tenerlo. Pido que el fallo se suspenda ocho dias: yo me comprometo á presentar documentos que suministren nueva luz sobre el asunto de que se trata.

Todas las cabezas oficiales se inclinaron, y el plazo fué unánimemente concedido por la Europa entera.

* *

Veinte minutos despues partía de Viena, reventando caballos, (aún no habia ferro-carriles) un correo de confianza portador de una nota secreta de la legacion francesa. Catorce animales quedaron sin vida á lo largo del camino; pero el dia indicado el correo extraordinario franqueaba las barreras de Viena.

Llegaba á tiempo.

El congreso se hallaba en la mesa, y un magnifico queso de *Brie*, fresco, dorado, fué presentado magestuosamente por dos lacayos y colocado encima de la mesa.

Todos los diplomáticos solicitaron probarle inmediatamente.

—Hay que reconocerlo,—dijeron en coro, despues de haberlo saboreado un rato,—Francia queda victoriosa: la palma de los quesos le corresponde legítimamente.

Talleyrand registró este triunfo en el número de aquellos que más satisficieron su amor propio.

Es verdad que el dia anterior Francia habia perdido, de una sola plumada, tres ciudades y dos fortalezas. Pero esto ¿qué importancia tenia?

El gran diplomático confesaba á sus amigos que nunca habia gozado tanto ni representado con más orgullo á la nacion francesa.

* *

Ahora se vuelve á hablar vagamente de dias de prueba para Francia.

Esta es la mayor novedad del dia.

Todo el mundo aguarda el *fiat lux* en medio de este caos, del cual puede resultar lo mismo una paz relativa que una conflagracion que todo lo llene de terror y espanto.

¿Será la paz? Pues esto representa una bicoca: la industria floreciente, el comercio sin trabas, la tranquilidad en las familias, la salud en la atmósfera, las bellezas del campo en todo su esplendor y los preceptos del Dios del Evangelio puestos en práctica.

¿Será, por el contrario, la guerra? Imaginémonos un afortunado general, al frente de su invasor ejército. Siembra por los surcos del terreno miembros humanos en vez de fructíferas semillas. Llena de miasmas el aire y de

pavorosos estruendos el espacio. Tiene algo de Jehovah dictando entre rayos las tablas de la ley. Inmola á la ambicion millares de víctimas y se las ofrece á Dios en holocausto.

Gana la batalla y dice:

—¡Victoria completa! Tantos miles de muertos; tantos heridos. Doy gracias á la Providencia.

Y despues manda entonar un *Te Deum*.

Si este es el camino de la civilizacion, confieso mi gusto particular sin imponérselo á nadie.

¡Reniego del camino!

* *

Parece que la *Sociedad protectora de animales y plantas* se ha salido con la suya.

No se ha permitido la lucha del perro llamado *Inventible*.

La *Sociedad* ha obtenido un gran triunfo. ¡Ya era hora. Los bípedos y cuadrúpedos de todas clases empezaban á torcer el hocico constituyéndose en secta de excépticos.

Con el resultado de la proteccion todos los animales han lanzado un ¡hurra! general.

Hay toro tan confiado que espera ver en manos del matador una espada de algodón en rama; y los caballos suponen que las astas del toro estarán fabricadas con resorte de modo que al chocar con el menor obstáculo se hundan dentro de la cabeza.

La dificultad para los protectores estriba en dictar leyes que contenten á todos los animales.

El buey pedirá que se labren los campos con máquinas de vapor y que se construyan ferro-carriles hasta en los caminos vecinales.

El caballo solicitará triscar por las praderas y tener comercio de cebada.

El cerdo no querrá engordar nunca.

El pavo reformará como Gregorio XIII el almanaque suprimiendo en él las fiestas de Navidad.

El gato pedirá que se establezcan tranvías en los tejados.

El raton querrá dejar cesantes á los gatos.

La cabra se hará cazadora y tirará al monte.

Y todos los animales en fin, cada cual á su manera, pedirán lo que mejor les convenga, aún siendo en perjuicio de sus compañeros.

Sé de un *protector* que para favorecer las plantas trata de pedir que ningun edificio de la capital tenga planta baja.

Otro entró dias atrás con unas grandes tijeras en el jardin zoológico del Parque de Madrid, para cortar las melenas del león á fin de que el calor no le molestara. Despues leyó á un camello un capítulo del Koran y regaló unas cuantas libras de almendras de Alcalá á los monos de la jaula grande.

—Diga V.—le interpeló.—Convengo en que los animales y plantas merecen atencion. Pero ¿no seria mejor que protegieramos á los hombres? ¡Hay tanta desgracia! tanta miseria! tanto albañil que se cae de los andamios!

Y el protector me contestó:—¡Cierto!; pero á cada cual su cosa. Para las desgracias, hay la resignacion cristiana: para la miseria los asilos de beneficencia. Para los albañiles no hay más que la fatalidad. Cada vez que nace un albañil crece en un árbol determinado una capa de madera para formar el tablon de su desgracia. Suena la hora: el albañil gana su mísero jornal construyendo casas para los ricos. Y á lo mejor se oye una fatídica voz que dice «¡Andiamo!» Quiere decir «andamio»; pero la fatalidad no sabe pronunciar bien el italiano. Entonces el albañil se viene abajo y queda estrellado.

¡Es su *estrella*! ¿Qué quiere usted?

¡Son designios de lo alto!

PEDRO BOFILL

Madrid 31 agosto de 1883.

NUESTROS GRABADOS

CENICIENTA, cuadro por C. Jonnard

El solo título de este grabado nos releva de la necesidad de hacer su descripcion, pues seguramente no habrá lector, grande ni chico, que no sepa de memoria el popularísimo cuento de la pobre *Cenicienta*, y no sólo por haberlo oido referir ó leído en sus juveniles años, sino tambien por haberlo visto puesto en accion en la escena de nuestros teatros ó en la pista de los circos ecuestres.

Nos limitaremos, pues, á considerar brevemente la ejecucion de este cuadro, acerca de la cual diremos que en nuestro concepto el pintor Jonnard ha dado con el verdadero tipo de la mísera criatura menospreciada por sus padres y hermanas, de la *fregon* de la casa, á la cual ha representado atinadamente en el ejercicio de sus prosaicas funciones, relegada á un rincon de la cocina, tan bonita como reflexiva, de rostro tan bondadoso como de expresion dulcemente resignada á su contraria é inmerecida suerte, pobremente vestida y dejando descubierto el diminuto y torneado pié al cual habia de deber la rápida y brillante mudanza de su condicion. Creemos que cuantos contemplen este grabado exclamarán: «Esta es la *Cenicienta* tal como nos la habíamos representado.» exclamacion que será el mejor elogio de la obra de Jonnard.

ASESINATO DE IWAN NARYSCHIN

en presencia de la czarina Sofía, cuadro por Korsuchin

A fines del siglo XVII, ó sea ántes de Pedro el Grande, la Rusia era considerada no sin razon, por el resto de

Europa, como un país fuera del concierto de los pueblos civilizados. El regicidio estaba en él á la órden del día y bastaba que á los strelitz, regimientos de soldadesca, se les antojase producir una revolucion, para que la revolucion estallase y ocasionase una sangrienta hecatombe.

La regencia de la czarina Sofia, hija del czar Alejo Mikallowitz, y hermana de Iwan V y de Pedro el Grande, fué ocasion de varias explosiones del furor de las tropas rusas. En una de ellas, los strelitz, completamente desmoralizados y ebrios de sangre, invadieron el Kremlin, y sin respeto, ni áun al templo, cometieron en él toda suerte de horrores.

Entre las víctimas contóse Iwan Naryschin, que algunos suponen hermano de la regente. En vano Sofia se postró á los piés de los sublevados para aplacar su injustificado enojo: la sed de los strelitz no se extinguía sino con sangre. Cuéntase que cuando el mísero Iwan comprendió lo horrible del peligro que corría, hizo que le administrasen el viático y la extremauncion, abandonó su escondrijo llevando consigo una milagrosa imagen de la Virgen y salió al encuentro de la amotinada turba. Los strelitz se apoderaron de él en presencia de la czarina, le arrastraron por los cabellos hasta fuera de la estancia, arrojáronle desde lo alto de la escalera é improvisando un juicio y un tribunal, condenáronle á ser descuartizado. Momentos despues sus ensangrentados miembros eran sujetos con garfios á una balastrada del palacio imperial.

Esta escena de horror es la que ha pintado Korsuchin con una verdad realmente conmovedora.

GITANA, dibujo por Inglada

¡Buena hembra, vive Dios!... Tez cobriza, cabello negro y rebelde, labios gruesos y sensuales, ojos grandes y de mirada de reina, nariz egipcia, talle flexible como la palma, formas cuya perfeccion no es bastante á desfigurar el mal pergeñado traje que apenas las oculta, un tipo de esfinge embellecida para darnos á comprender lo que fueron mujeres bellas en la tierra de Faraones.

Cuando place á una de esas gitanas, su mirada produce volcanes; cuando le da por la contraria, petrifica á sus amadores. Ninguna *almée* miró con tanta pasion, ninguna sultana miró con mayor desprecio. Es una mujer con dos naturalezas, una de fuego y otra de hielo.

El inglés más saturado de spleen arroja á los piés de una de esas gitanas, *cantaora ó bailaora* ó ambas cosas á un tiempo, su apabullado sombrero y su bolsillo repleto. Para la gitana andaluz la rica Albion es una mina de plata explotada en Granada y Sevilla: los economistas, al hacer la Balanza de España, debieran tomar en cuenta este elemento de produccion, que siempre tiene mercado extranjero y contra el cual nada ha podido ni áun el tiempo, que supera en estragos á la filoxera y al oidium.

Inglada conoce bien ese tipo y lo ha reproducido con acierto. Si es copia de un modelo, si esa gitana ha pestañado, como se dice vulgarmente, pocas veces la gitanería habrá producido otro ejemplar de más pura y bella raza.

ENSAYO DE INDEPENDENCIA, cuadro por Gustavo Sus

Pasó la primavera y con ella la época en que las tiernas palmípedas no se atrevían aún á separarse del caliente abrigo que les ofrecían las alas de su madre: llegó por fin el suspirado estío, y en sus primeros días favorables ¡con qué placer no alardea la pollada de grata independencia! ¡con qué fruicion surca el agua ensayando por primera vez sus fuerzas, ó agita en tierra las casi desnudas alas en demostracion de victoria! Tanto más seguros pueden entregarse los patitos á sus inocentes juegos y ensayos de emancipacion cuanto que lo agreste y escondido del lugar les preserva de las acometidas de alguna alimaña, aunque andando el tiempo tal vez no les libre del plomo de algun empedernido cazador que los haga pasar del agua á su zurrón sin tener en cuenta su condicion inofensiva.

El cuadro de Sus puede calificarse de pasatiempo artístico, aunque no por eso está ménos bien ejecutado, así en su conjunto como en sus detalles.

LA LECCION DE GEOGRAFÍA, cuadro por E. Pagliano

«¡Aquí está América!» dice el anciano profesor de geografía, señalando con el dedo un punto de la esfera, y llamando con ello la atencion de sus dos distinguidas discípulas, las cuales se preparan á escuchar sin pestañear la descripcion de aquella América, que si en la época en que se supone la escena, no habia producido aún tantos tios millonarios, hacia ya pensar y soñar en sus tesoros á causa de las patrañas esparcidas sobre el Eldorado y de los galeones cargados de riquezas que el Perú y México enviaban anualmente á España.—Por lo demás, el estudio de la geografía bien merece que se le preste la atencion que manifiestan las lindas jóvenes de nuestro grabado, pues no sólo es ameno, curioso y entretenido, en cuanto á estudio á propósito para las damas considerado, sino de todo punto necesario y realmente más útil que otros muchos de los que hoy constituyen la educacion de la mujer y en los que invierten las familias cuantiosas é improductivas sumas.

De la obra de Pagliano sólo diremos que las figuras están tratadas con tanto acierto, los trajes son tan característicos de la época y los paños y ropajes tan bien entendidos; que el conjunto ofrece esa graciosa homogeneidad que realza cualquier asunto tan sencillo como el de este cuadro.

VISTA DE HAMBURGO

Esta rica y floreciente ciudad libre alemana, se halla situada á la orilla derecha del Elba, á 110 kilómetros de la desembocadura de este caudaloso rio en el mar del Norte y en su confluencia con el Alster y el Bille. El Elba tiene en Hamburgo bastante anchura y profundidad para que los buques de mayor porte puedan llegar hasta la ciudad, y descargar sus mercancías á las puertas de los mismos almacenes.

Hamburgo, poblada por 200,000 habitantes, y por unos 410,000 contando la poblacion de los arrabales, es una ciudad curiosa é interesante, que conserva en sus edificios y modo de ser muchos recuerdos de la época en que descolló sobre todas las ciudades que constituian la célebre liga anseática, así como en la parte nueva de la poblacion se revela el sello de los adelantos modernos. En 1842 sufrió un voraz incendio que duró tres días y tres noches é hizo desaparecer 61 calles, 3 iglesias y unas 1,992 casas; pero que demostró hasta qué punto llegan los inmensos recursos y el patriótico ardor de sus habitantes; pues del seno mismo de estas ruinas ha surgido una ciudad nueva con calles anchas y espaciosas, formadas por edificios magníficos que en nada ceden á los de los barrios más hermosos de Lóndres y París.

Los canales que cortan la parte antigua de la ciudad se parecen á los renombrados de Venecia, y las casas construidas en sus orillas lo están sobre estacas. Hamburgo es el emporio comercial del Norte de Europa, no siendo ménos floreciente su industria que da vida á numerosas fábricas, talleres, fundiciones y manufacturas de toda clase.

LAS CASTAÑUELAS DE PEPA

(Continuacion)

Su imaginacion estaba llena de Pepa y por ella repercutía con no sabemos qué saña en su memoria el recuerdo del Pinto.

—¡Cayó! ¡cayó! dijo: ¡oh! ¡y qué horrible semblante de demonio el suyo á la luz del relámpago! ¡parecia que me decia: «¡Ven, ven conmigo! ¡perece conmigo! ¡no te quedes en la vida para que ella te ame!» ¡Y cayó! ¡cayó! ¡le habrá arrastrado la corriente que habrá llevado su cadáver léjos, muy léjos! ¡su cadáver, sí! ¡oh, sí! ¡se habrá ahogado!

XX

Un destello de la conciencia en medio de aquel caos de la pasion y de la insensatez que se revolvía de su alma aterró á D. Juan.

Fuese cual fuese la perversidad de su enemigo, él no debía alegrarse de su desgracia.

Sus creencias, aunque tibias en él á causa del torbellino de ideas contradictorias que agitan en nuestros tiempos á los pensadores y á los que no lo son, sujetándoles á la influencia de una filosofía en que el refinamiento metafísico ha llegado á lo extravagante, en que pretenden amalgamarse el racionalismo y el espiritualismo, las creencias, repetimos, que habian empezado á infiltrarse en él, á determinar en él una especie de temperamento social, moral y religioso, por decirlo así, desde el seno de su madre que habia nutrido á la par su cuerpo y su alma, resurgieron en él poderosas.

Le pareció que la sombra luminosa de Cristo surgía para él del oscuro fondo de la tormenta y que le decia con su severa mirada y á la par dulce y triste: ¡«Perdona á tu enemigo! ¡ruega por él! ¿No ves que tú estás en peligro de muerte? ¿Cómo vendrás ante mí con la negra mancha del odio vengativo, si yo te llamo?»

Como se ve, si una pavorosa tormenta agitaba el espacio, no era ménos espantosa la tempestad que agitaba el alma de D. Juan.

Sólo entónces pensó que la continuacion del furioso aguacero podia acrecer ilimitadamente al rio, hacerle subir, llegar hasta el hueco que le abrigaba y ahogarle en él.

Sólo entónces observó con ansia, esperando la luz de un relámpago, la corriente cuyo rugido y cuya violencia acrecian.

Sobrevino al fin el relámpago, y vió henchida la cortadura de una corriente rauda, espumosa, turbillonante.

Condensando la fuerza de su mirada habia visto en el brevísimo tiempo de la duracion del relámpago, que cuando más, faltaban dos metros para que el rio llegara al lugar en que se encontraba.

La avenida, verdaderamente dicho, no habia tenido lugar aún, porque apenas si habia pasado media hora desde el comienzo de la tempestad.

Todo lo que habia acontecido desde entónces, el atentado del Pinto, la lucha, la caída, la retencion por la higuera loca, el desgajamiento de la rama que habia precipitado sobre el rio al gitano y las angustias de D. Juan hasta que se abrigó del hueco y cobró algun valor, todo esto, repetimos, habia pasado rápidamente.

La avenida, engrosada por los barrancos superiores, y por las corrientes de los montes en un espacio de algunas leguas, no habia tenido aún tiempo de acumularse.

Pero era indudable que debia sobrevenir aunque en aquel mismo punto cesara la tempestad.

Generalmente en los rios Darro y Genil, por la configuracion del terreno por donde, viniendo de la sierra, se extiende su lecho, la furiosa y espantable avenida sobreviene despues de pasada la tempestad, cuando se trata de las pasajeras perturbaciones de la atmósfera en el verano.

XXI

D. Juan volvió á aterrarse.

El peligro continuaba.

No se podia calcular con cuánta rapidez subiría la corriente.

Podía suceder que muy pronto, tal vez en pocos minutos, áun en segundos, el hueco que le protegía fuese inundado.

Una segunda agonía de terror mucho más angustiosa que la que ya habia sufrido, acometió á D. Juan.

Sintió un pavor horrible.

Como el del que se apercibe de un toro y escapa con la horrible duda de si será su carrera bastante rápida para salvarle.

Pero él no podía correr.

Sentía que el mugido del rio era de momento en momento más atronador.

El aguacero en vez de disminuir aumentaba en cantidad y en furia.

La brillantez de los relámpagos era insoportable. El intenso fulgor eléctrico le cegaba.

En el azulado foco de aquellas exhalaciones habia como una luz de luz.

Las detonaciones de la tormenta ensordecían.

Y esto aterraba más y más á D. Juan.

¿Cómo podían oír sus gritos?

Sin embargo, gritó con todas sus fuerzas pidiendo socorro, con insistencia, con ansiedad y con tanta más desesperada extension cuanto más sentía acrecido el fragor de la corriente.

Nadie contestaba.

XXII

De improviso un inexplicable sentimiento de consuelo y de esperanza animó á D. Juan.

Habia creído oír, á pesar del estruendo atronador de la tormenta, el repique de unas castañuelas. Esto era demasiado extraño.

Suponiendo que aquellas castañuelas fueran las de Pepa, no se concebía que en aquel momento Pepa tuviese la peregrina ocurrencia de hacerlas sonar.

El repique cesó.

D. Juan, que se habia alentado durante un momento, volvió á desalentarse.

Creyó que su imaginacion le habia fingido aquel repicar de castañuelas.

Volvió á gritar.

Instantáneamente, y de una manera distinta, D. Juan volvió á oír el repique de las castañuelas, aunque envuelto en el estruendo de la tempestad y amenguado además por la distancia.

Parecia provenir del puente.

—¡Pepa! ¡Pepa de mi alma! gritó forzando la voz D. Juan; ¡sálvame!

El mugido de la corriente crecía.

Un relámpago dejó ver á D. Juan que el agua iba alcanzando ya al lugar en que se encontraba.

El segundo repique de las castañuelas habia sido mucho más largo.

XXIII

D. Juan salió del hueco.

Avanzó el cuerpo y asido á la hiedra que arraigaba fuertemente en la cortadura, miró hácia arriba.

Vió en el puente una luz.

Aquella luz estaba inmóvil.

Pero de improviso se movió.

Descendió, continuó descendiendo.

D. Juan percibió al fin un farol que el viento impulsaba de acá para allá, pero que seguía descendiendo.

Al fin llegó á nivel de D. Juan.

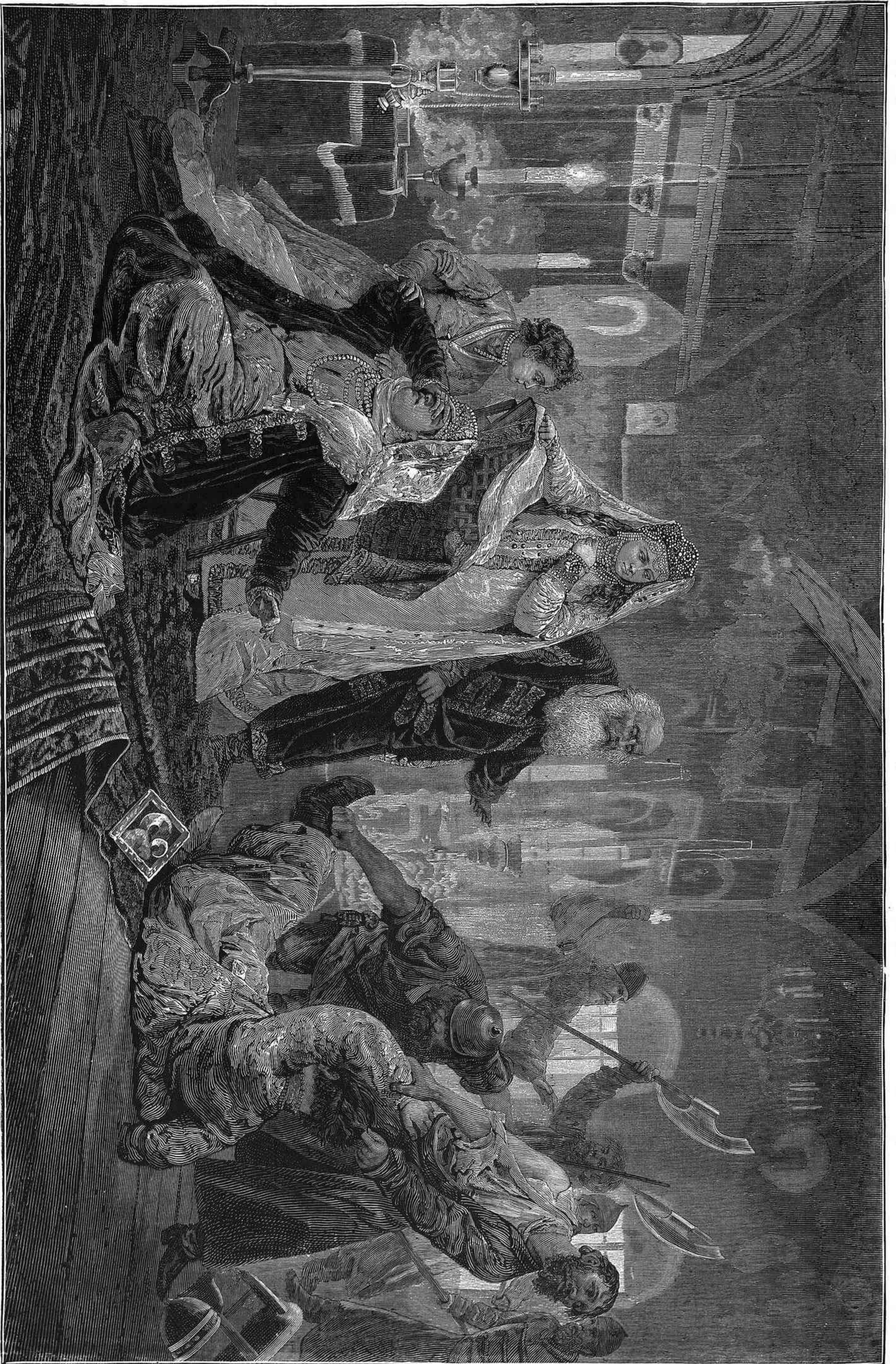
Le iluminó á pesar de sus oscilaciones.

Continuaba con el cuerpo avanzado fuera de la covacha.

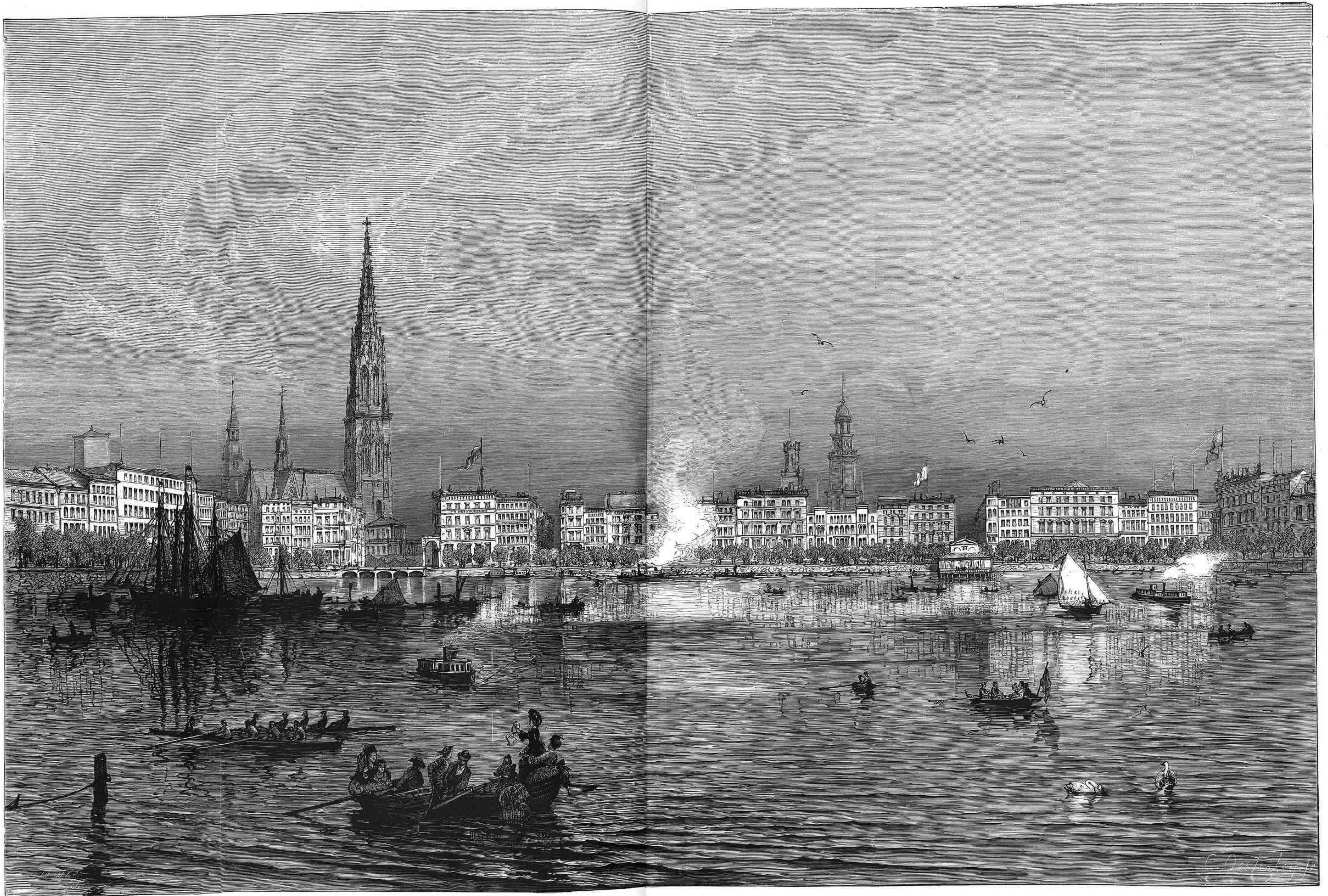
Los que indudablemente estaban en el puente debían verle.

Y le vieron porque el farol dejó de descender, y un nuevo repique más acentuado, más sonoro, más largo de las castañuelas se dejó oír.

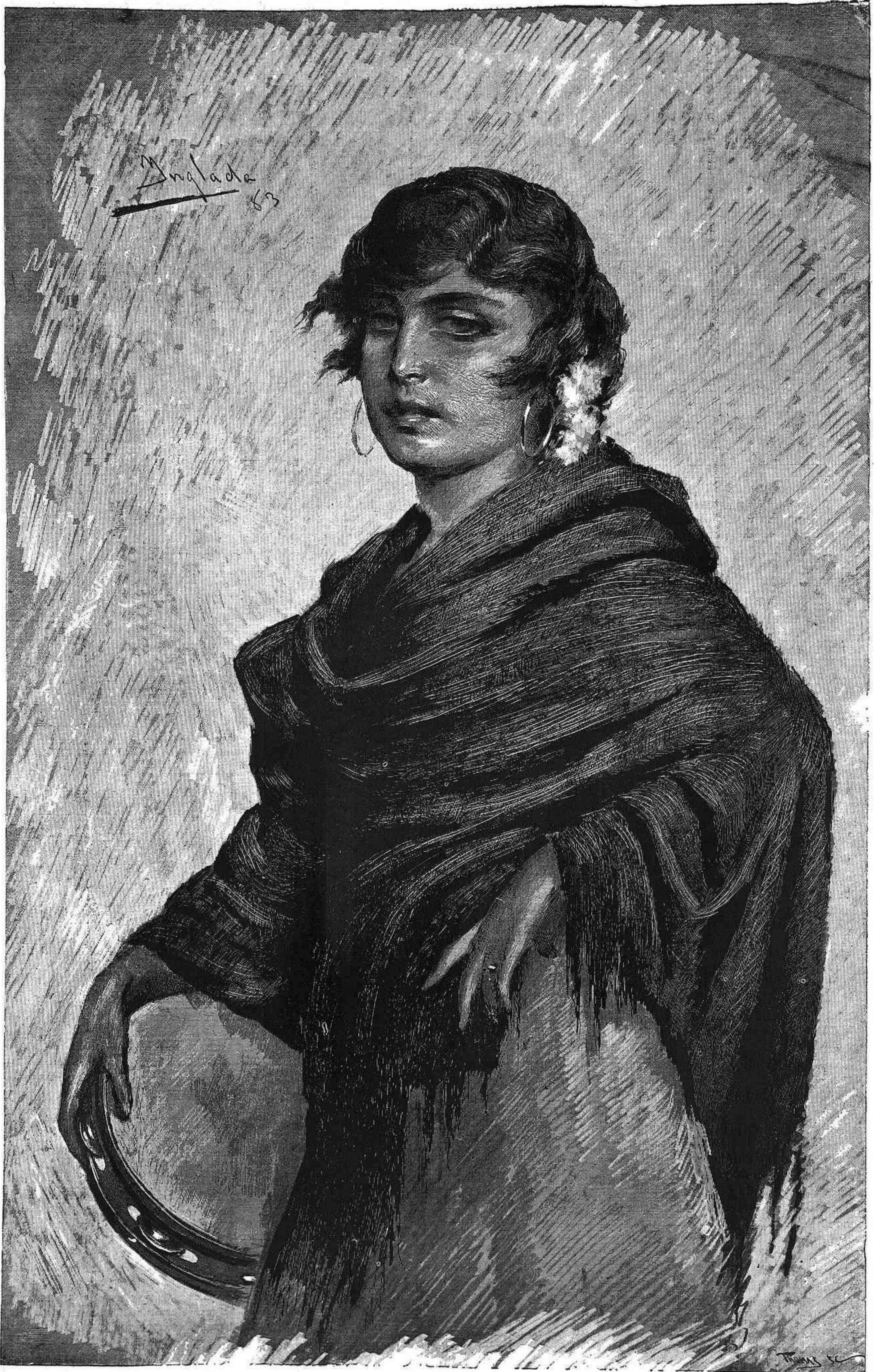
El farol, en sus oscilaciones, se ponía á veces al



ASESINATO DE IWAN NARYSOHIN EN PRESENCIA DE LA CZARINA SOFIA, cuadro por Korsuchin



VISTA DE HAMBURGO, DIBUJO POR C. OESTERLEY



GITANA, dibujo por Inglada

alcance de la mano de D. Juan, pero cuando éste iba á cogerlo, una nueva oscilacion le separaba: al fin el farol se elevó rápidamente.

La agonía de D. Juan era ya infinita.

Su ansiedad, cuando veía que ya se trabajaba por socorrerle, llegaba á un tal exceso, que empezaba á producirle el vértigo.

Sus ojos se nublaron.

Un frio intenso, que parecia nacer de la médula de sus huesos, se difundía por su cuerpo.

Sus manos empezaban á adormirse.

En medio de su perturbacion sentía que le iban faltando las fuerzas para tenerse asido á la hiedra.

Tenía la voluntad de izarse, de ganar de nuevo el interior del hueco, y no podía moverse.

Era como en esos sueños en que nos sentimos atraídos por un abismo, pretendemos salvarnos, retroceder, buscar un punto firme de apoyo y no podemos.

El farol seguía á la misma altura de D. Juan, oscilando siempre.

Pero D. Juan no lo veía ya.

Nada oía tampoco.

Su vértigo se condensaba.

Seguía asido á la hiedra, más que por una accion deliberada, por la crispatura del terror.

Por el instinto de conservacion.

Podía decirse que para él todo había concluido. No sentía nada.

XXIV

De improviso un ruido sordo lejano, pero formidable, se dejó oír por la parte de arriba de las Angosturas.

Aquel estruendo avanzaba rápidamente, crecía.

Era la avenida que sobrevenia al fin.

Un instante más hubiera sido el último de D. Juan.

Apareció de repente el reflejo de una luz en el interior del hueco.

Creció.

Apareció la luz en las manos de una mujer.

Aquella mujer era Pepa.

Detrás de ella aparecieron María la Braquianí, y Paca la Reché.

Las dos muchachas avanzaron, cogieron por un brazo á D. Juan, y tiraron de él no sin trabajo por la fuerza desesperada con que se asía á la hiedra.

Pepa retrocedió y subió por un boquete que había en el fondo del hueco y que D. Juan no había podido ver á causa de la oscuridad.

La Braquianí y la Reché arrastraron á D. Juan.

La avenida pasó en aquel momento y llenó el hueco.

Pero las tres gitanas subían rápidamente por una especie de espiral llevando consigo á D. Juan.

Cuando D. Juan volvió en sí, se encontró en un aposento, en un lecho.

Una luz iluminaba el semblante de una mujer que le miraba con ansiedad.

Aquella mujer era Pepa.

XXV

Nuestros lectores tienen derecho á que les digamos cómo Pepa la Barbalí, la hermosísima gitana blanca y rubia, había salvado á D. Juan.

Al aparecer aquella tarde D. Juan, Pepa había sentido una impresion extraña que no se había explicado, y que no hubiera conseguido explicarse si lo hubiera pretendido.

Había sido un sentimiento espontáneo, irreflexivo.

D. Juan le había parecido un real mozo, y lo era en efecto.

Pero había en él, en su expresion, en la atonía con que la miraba, algo que la pareció ridículo.

Experimentó en fin é instantáneamente un sentimiento de atraccion y otro de repulsion.

Había en la ansiosa mirada con que D. Juan la abarcaba, una expresion semejante á la de un lobo hambriento y receloso, y á la par un extravío manifestado con un candor de tal manera extraño, y todo esto junto determinaba una caricatura en que lo repugnante y lo ridículo perjudicaban y aún anulaban las ventajas naturales que en él hacían un buen mozo.

Pepa, pues, le había acogido, como en su lugar hemos visto, poco favorablemente.

Además de esto, aunque Pepa no hubiese encontrado nada repulsivo en D. Juan, aunque la atraccion hubiese sido de todo punto absoluta, le hubiera mirado con reserva.

Pepa era honrada y altiva y no podía mirar con un interés que manifestando la simpatía fuese el principio de una inteligencia amorosa, á un hombre que no pudiese ser su marido.

Ahora bien; entre los gitanos no se concibe sino

como una falta enorme, más aún, como un crimen, el casamiento de una *chavosita* con un castellano.

Dado el crimen, la culpable, si no podía alcanzarle la terrible justicia gitana, porque la protegiesen las leyes, ó por la fuga ó por otra razon cualquiera, debía considerarse como maldecida por sus padres y por sus parientes, como anatematizada, excomulgada y lanzada de la tribu, como una infame que desde el punto de vista de la gitanería hubiera faltado á todas las leyes divinas y humanas.

Como una infame y como una condenada.

Este fanatismo es el que determina la pureza de la raza en los gitanos.

Pepa valía demasiado para que ni aún pudiera suponérsela capaz de un tal crimen.

Pero sobre todos los fanatismos, sobre todas las leyes, sobre todas las costumbres, sobre todas las conveniencias, está la naturaleza, esto es, el sentimiento.

La atraccion irresistible de dos seres simpáticos entre sí.

Rápidamente D. Juan fué dejando de parecer ridículo á Pepa.

Era inteligente y comprendió muy pronto que D. Juan no era un imbécil sino un enfermo del corazón.

Un hombre apasionado, un alma triste, una razon perturbada por el ansia de algo extraordinariamente deseado y no conseguido.

De tal manera había mirado á Pepa D. Juan que ella se había dicho:

—Si yo quisiera á este hombre, este hombre sería feliz.

Esto era ya el principio de una historia del corazón para Pepa, que estaba aún virgen, no sólo de todo amor, sino también de toda aficion.

Había tratado con un cruel desden á todos sus enamorados que eran infinitos.

De una parte la hermosura y el atractivo de Pepa eran excepcionales, y de otra se tenía por muy rico al tío Labrito.

Se decía que tenía enterrado un tesoro.

Así pues, sus dotes naturales y su dote metálico hacían sobre toda ponderacion apetitosa á Pepa, más que apetitosa, incitante de una manera irresistible.

Joselito el Pinto, á quien por lo malo y atravesado de entrañas, respetaba hasta el pavor toda la gitanería de Granada y aún de afuera donde quiera que había alcanzado su fama de temeron que era grande, y que había tenazmente solicitado á Pepa, sólo había obtenido de ella desprecios y desesperaciones.

Pepa se había apercebido de los rabiosos celos, de la ira, de los traidores intentos que el Pinto había sentido al ver la desembozada, la insensata manera con que D. Juan manifestaba el enamoramiento en que en el mismo instante en que la había visto, había caído por ella.

Pepa había visto en peligro, y en un peligro próximo á D. Juan, y se interesaba por él sin explicarse la trascendencia de su interés.

Por eso cuando se retiró para recogerse y para avisar á D. Juan que fuese más reservado, cantó repicando las castañuelas aquella copla:

Me vieron y se turbaron,
pero yo no me turbé,
que turbaciones son prendas
que no han de dejarse ver.

Despidió despues á sus dos criadas y se metió en su dormitorio.

Pero en vez de desnudarse, se sentó distraida en el lecho y permaneció inmóvil y pensativa con la graciosa cabeza inclinada sobre su hermoso seno.

De tiempo en tiempo, de su pequeña y entreabierto boca se exhalaba un profundo suspiro.

Pensaba en D. Juan.

—¡Ay madrecita mía del Carmen! exclamó al fin, ¿porqué pienso yo tanto en ese hombre? ¿qué es lo que me ha dado á mí y tan de improviso?

Entonces sintió que su padre cerraba la puerta, y que dando gambaladas á causa de su embriaguez se metía en su alcoba.

A poco el tío Labrito roncaba ruidosamente.

Era un bienaventurado.

La trompeta del juicio final hubiera sido impotente para despertarle.

Esto no era nuevo.

Todas las noches se acostaba en una tal disposicion el tío Labrito.

Su ronquido resonaba solemne en medio de un silencio profundísimo.

Y Pepa continuaba sentada en su lecho con la cabeza inclinada sobre el seno, y con la memoria llena del recuerdo de D. Juan, que sin saberlo él, estaba haciendo en la imaginacion de Pepa una conquista de D. Juan Tenorio.

Pepa reflexionaba, Pepa se defendía de sí misma y resistía.

La absorcion había tenido lugar y producía sus efectos.

El seductor más terrible para una mujer es ella misma.

XXVI

Pasó algun tiempo.

Pepa se puso de pié é hizo un movimiento indeciso hácia la ventana enrejada de su dormitorio que daba al espacio empedrado que, cubierto por un emparrado había delante de la cueva.

Por la parte de afuera aquella ventana estaba adornada de macetas, y tenía una como cortina de enredaderas y jazmines.

Pepa permaneció durante algunos segundos inmóvil.

Luégo se acercó lentamente á la reja como si la hubieran llamado, como si la hubieran atraído.

Su dormitorio estaba á oscuras.

Su paso había sido de todo punto silencioso.

Así pues, no pudo verla ni sentirla D. Juan, que pensando en ella, llamándola mentalmente con toda su fuerza de voluntad, estaba sentado en la misma silla en que le había dejado el tío Labrito muy cerca de la reja.

Pepa oía los ardorosos suspiros de D. Juan y sus palabras entrecortadas.

Ella sofocaba los suspiros que se le escapaban del pecho.

La luna, penetrando por un claro del emparrado, embellecía el simpático semblante de D. Juan.

El viento, que había refrescado y que precedía á la tormenta, agitaba sus largos cabellos.

Pepa no se daba cuenta de por qué estaba allí en vela.

Pero continuaba inmóvil detrás de la reja contemplando á D. Juan.

Al fin la campana de la torre de la Vela con sus treinta y tres campanadas marcó las once de la noche.

Se dejaron sentir las primeras ráfagas precursoras de la tempestad.

Sobrevinieron nubes, se ensombreció la luna, empezó la lluvia.

D. Juan tomó el camino de su cármén dirigiéndose al puente.

La mirada de Pepa le seguía.

Apénas había desaparecido D. Juan cuando Pepa vió una sombra que pasando por delante de la cueva se dirigía al puente.

En aquella sombra reconoció á Joselito el Pinto. Se aterró.

¿Qué iba á suceder?

Al hacerse esta pregunta no vaciló.

Se fué á la puerta de la cueva y la abrió.

Salió, corrió.

Pero en el momento de llegar á la entrada del puente se detuvo aterrada.

Había oído el doble grito de horror que ambos habían lanzado al sentirse precipitados.

A poco se oyeron los desesperados gritos de socorro del Pinto.

XXVII

Pepa corrió á la puerta de las cuerdas donde dormían los dos mozos.

Llamó á grandes golpes.

No la respondió nadie.

—Ah, dijo: se habrán ido: les vale la borrachera de mi padre: ¿y á dónde van á estas horas?

El bello semblante de Pepa se nubló.

La ausencia de los mozos á aquella hora la había infundido una mala sospecha.

(Continuará)

LA GUITARRA DE DOS CUERDAS

(Estudio del natural)

¿Sabeis qué significa ese cuadro, prodigio de belleza ideal enriquecida pródigamente por los mágicos pinceles del artista?

Ese cuadro es el encanto de todos los asiduos concurrentes á la exposicion de pinturas; tras ese lienzo se oculta un drama; este drama está manifesto en cada uno de los detalles de la obra.

Mirad, que bien pronto comprendereis cuál es el móvil principal de esa escena que se representa ante vuestros ojos; empero solamente habeis de ser mudos espectadores; no haya entre vosotros algun Quijote grotesco y atolondrado, que, traspasando los límites de lo justo y razonable, la emprenda, á semejanza del buen hidalgo manchego, con las débiles figurillas del retablo que, nuevo maese Pedro, he de presentar ante vuestros ojos.

Voy á concretarme, pues, á desempeñar fielmente mi papel, sin andarme por las ramas, ni meterme en dibujos, describiendo en primer lugar la situacion de mis personajes, con toda la exactitud posible, procurando desechar todas esas frases altisonantes y pomposas, que forman el

repertorio cursi y amanerado de muchos escritores que venden sus obras *al por mayor*, como si los partos del ingenio privilegiado fuesen vil y prosaica mercancia.

He aquí el cuadro que quiero describir:

En el fondo del jardincillo que cubre con su espeso follaje la caprichosa arquitectura de un elegante *hotel* situado en el paraje más pintoresco del paseo de la Castellana, hay tres figuras; las tres, interesantes; ellas dan vida y animación al lienzo que sirvió al artista para manifestar su talento, para expresar tal vez una impresión, copia exacta de la misma naturaleza.

La escena es tierna y delicada como un canto de Lamartine ó como un idilio de nuestro divino Meléndez. Allí no hay sombras; el sol derrama por todas partes sus torrentes de luz, haciendo oscilar á las mariposas entre sus rayos; los múltiples colores del arco iris osténtanse en las diferentes plantas que, prisioneras en el interior de un invernáculo, forman el conjunto más encantador y vistoso.

De las tres figuras que componen la parte principal del cuadro, una de ellas, la más interesante sin duda, es una mujer, joven y bella, de rostro dulce y simpático, pálido, demacrado, espejo fiel de los padecimientos, de la tristeza que lentamente va consumiendo su ser, víctima de esa enfermedad incomprensible, que, debido sin duda á ciertos fenómenos fisiológicos, sólo muestra sus efectos dolorosos cuando deja mortales huellas por donde pasa.

Aquella joven, vestida con sencillez y elegancia, la palidez de su rostro austero; el azul tranquilo de sus ojos impregnados de ese místico arrobamiento que revela el insomnio, las vigiliadas de la vida contemplativa del asceta; y más que nada, su porte distinguido que deja traslucir bien claramente una de esas reinas del buen gusto, que tienen por trono una butaca de su gabinete ó un palco en *el Real*; todo en fin contribuye á que aquella mujer aparezca á nuestros ojos con la rígida majestad de la antigua dama española, acostumbrada á vivir entre la alta sociedad, que hoy han dado en llamar los *revisteros* de salones *high-life* madrileña.

La aristocrática joven parece contemplar enternecida, á juzgar por la expresión de su benévola sonrisa, á un niño de pocos años, cubierto de andrajos, sucio y desgredado que á su vez sostiene entre sus brazos trabajosamente una enorme y viejísima guitarra, implorando de la bella señora una limosna.

La tercera figura de aquel cuadro es un lindo jilguerillo que salta alegremente dentro de su prisión de doradas rejas, donde su simpática dueña lo tiene sujeto para solaz y regalo de sus oídos.

Este grupo tan naturalmente reproducido en el lienzo por el artista, bien pudiera servir de discusión á esos declamadores vulgares que, estableciendo un paralelo entre la clase acomodada y el pauperismo, gritan á voz en cuello, buscando frases huecas y pomposas pero sin hilación y sin sentido. Yo por mi parte sólo sé decir que, abandonándome tranquilamente á los poéticos sueños del artista, deduje como consecuencia natural y lógica un episodio, acaso de menor trascendencia que el que pudiera encontrar toda esa turba de sabios que se llaman partidarios de las modernas escuelas filosóficas, pero al ménos, inteligible para las gentes que sólo piensan con el corazón en la mano.

Hé aquí el resultado de mis reflexiones.

* *

Pedrillo, muchacho travieso y alegre de cascos, logra captarse las simpatías de todo el mundo con su rostro de pilluelo desvergonzado y su enorme guitarra de dos cuerdas, fiel intérprete de todos sus sentimientos en las más difíciles y apuradas situaciones de la vida.

Pedrillo era libre como un pájaro; sin hogar y sin padres conocidos, caminaba por las revueltas calles de Madrid, dando al viento las roncadas y tristes notas de su guitarra, implorando así la caridad de los transeuntes.

El nacional instrumento, compañero inseparable de un sér desgraciado, libre como el aire que respiraba, que sentía por momentos su inmersión en las brumas de la vida, como diría el autor de las *doloras*; aquella guitarra, en fin, regocijo tal vez en otros tiempos de los barberos de la Villa, guardaba en su seno todas las lágrimas del pequeñuelo, y quejábase amargamente con sus dos cuerdas, dejando escapar gemidos lúgubres y roncadas algunas veces, y otras, punzantes y desgarradores.

El muchacho corría todo Madrid, desde el Campo del Moro al paseo de la Castellana, llamando la atención del público con sus cantos y chanzonetas. Una tarde, detúvose ante la espesa verja de hierro que guardaba la entrada de un elegante *hotel* rodeado de jardines. La hermosa joven, dueña de aquella morada, salió á recibirle, atraída por su voz infantil, clara y sonora, formando con él y el jilguerillo, que á pocos pasos de allí saltaba alegremente dentro de su prisión dorada, el grupo que ya en otro lugar oportuno tuve el gusto de describir.

Pedrillo fué socorrido por la dama y escapó cantando, henchido el pecho de alegría, cual si vislumbrara en lontananza un porvenir rosado como los colores de la aurora. Hasta las dos cuerdas de la guitarra sonaron entonces, caso extraño, ménos lúgubres, como si comprendieran el placer que en aquellos momentos experimentaba su compañero.

El muchacho acudió todas las tardes al *hotel* de la Castellana y ni una sola vez volvió triste y cabizbajo.

* *

El cuadro cambia por completo merced á nuestra imaginación que puede verlo todo con los colores que más le agradan.

Ha transcurrido el tiempo, y otra vez volvemos á encontrar á Pedrillo llorando amargamente como un desesperado junto á la verja que tantas veces se abrió para dar paso al ángel tutelar de sus sueños.

Las puertas del *hotel* se hallaban cerradas y el jardín estaba silencioso. Luz, vida, animación, colores, todo desapareció del cuadro; sombras, tristezas, desolación, ruina; hé aquí lo que se presentaba ante los asombrados ojos de Pedrillo.

Las voces de los vendedores, los cantos monótonos de los mendigos, la música infernal de las murgas callejeras, el chasquido de los látigos, el rodar de los carruajes, el piafar de los caballos, el incansable murmullo de la gente bullanguera que regresaba de sus paseos acostumbrados, el eco agudo de la campana de un teatro *Gignol*; todo esto llegaba confusamente á los oídos del muchacho que aterido por el frío, cubierto de nieve, empezaba á doblegarse sobre el duro banquillo de piedra que lo sustentaba, asustado por aquel fatídico rumor que llegaba hasta allí con la fuerza imponente de una tromba.

Tronaron los cielos y una lluvia torrencial vino á sustituir á los blancos copos de nieve.

Pedrillo vió entonces que la tierra se dilataba en grandes términos, cubriéndose de sombras y mostrando por todas partes la soledad, el vacío, asemejándose al abismo de la eternidad, al fondo de un inmenso ventisquero. Y en medio de las ondas torrentosas y de los espasmos de próximos terremotos, formábanse en el espacio cintas fosfóricas, semejantes á los fuegos fatuos de un cementerio, en cuyos vagos resplandores encendían sus pajuelas las brujas escapadas de tenebrosos aquelarres. Aquello era parecido al infierno que creara el genio fantástico del Dante.

El muchacho tuvo miedo; anduvo precipitadamente por el jardín algunos pasos, y tropezó con la jaula del jilguerillo llena de agua y nieve por entre la cual asomaban las plumas del pobre prisionero, muerto de frío durante aquella tempestad tan espantosa.

No pudiendo resistir por más tiempo, Pedrillo lanzó un grito desesperado y llevándose las manos á la cabeza rodó por tierra, chocando al caer con su guitarra, cuyas cuerdas sonaron por última vez al romperse, como si exhalaran un suspiro de muerte, agudo y lastimero.

* *

Tales fueron mis reflexiones. Pronto conocí que me engañaba; el cuadro no cambió jamás.

Por espacio de mucho tiempo lo contemplé en la Exposición de pinturas.

La dama, el muchacho y el jilguerillo, seguían formando el grupo más encantador de cuantos el Arte creara.

ANDRES BELMONTE

LAS GRANDES EPIDEMIAS

I

La peste.—La fiebre amarilla.

Entre los muchos enemigos que á la humanidad asedian hay tres á cuyo solo anuncio no hay hombre que no tiemble de espanto. Son la *peste de Levante*, la *fiebre amarilla* y el *cólera*; fantasmas que en cuanto asoman su tétrica faz á las puertas de Europa ponen en conmoción á todos sus moradores.

La *peste levantina* ó de Oriente ha hecho grandes estragos desde tiempos antiquísimos. Su origen y asiento han sido siempre esas comarcas, cuna de la humanidad, ricas en luz, en calor, con vegetación exuberante, y donde parece, por lo mismo, que la naturaleza brinda al hombre á que sea comodidad el aseo, aspiración la limpieza, de leche la, en otros sitios, pesada carga de los preceptos higiénicos. Sucede, sin embargo, todo lo contrario. La ignorancia y el atraso lamentable en que aquellos pueblos han vivido de mucho tiempo acá, han producido la atroz incuria, la miseria espantosa, la suciedad y el desorden en que viven, circunstancias que facilitan la producción ó desarrollo de la peste. Siguiendo, efectivamente, la marcha de este azote á través de la historia, se aprecia que su propagación en el mundo ha estado siempre en razón inversa del grado de bienestar, de civilización, de higiene y de cultura de los pueblos á donde ha llegado.

No hace aún mucho tiempo se creía que la peste había tenido su origen en Egipto allá por el siglo VI; pero investigaciones cuidadosas ponen fuera de duda que en épocas mucho más remotas había pasado ya por diversos países su mortífero carro sembrando el horror y la desolación por todas partes. Rufus de Efeso en el libro IV del *Oribaso* hace una descripción exacta y completa de la enfermedad. De estos datos y de las tablas cronológicas dibujadas por los loimógrafos más concienzudos resulta que la peste ya se mostró en Grecia una vez en el siglo noveno antes de Jesu-Cristo, otra vez en el séptimo, tres veces en el sexto y una en el quinto. En los siglos noveno y octavo antes de J. C. hubo también cuatro pestes espantosas en Siria y en el Asia menor. Hay que tener presente, sin embargo, que muchas epidemias que en distintas épocas han diezmando los pueblos del Orien-

te de Europa, aunque conocidas con el nombre de pestes, no eran propiamente la peste levantina. Esto debe entenderse, entre otras, con la famosa *peste de Atenas* en tiempo de Pericles y que tan magistralmente describió Tucídides, y también con la epidemia que, partiendo de Selencia, el año 165 después de J. C., diezmo durante quince años todo el mundo entonces conocido ocasionando millones de víctimas.

Sin embargo, todos estos hechos parecían ignorados casi por completo en Europa, cuando apareció, en tiempo de Justiniano, la gran peste del año 542. Los médicos de Constantinopla la tomaron por una enfermedad nueva. Ello es que empezando en el bajo Egipto se extendió después rápidamente, arrasando la mayor parte del globo durante medio siglo. El terror y los desórdenes que ocasionó fueron espantosos; la vida perdió en todas partes su normalidad acostumbrada. Constantinopla fué de las primeras poblaciones invadidas, y con tal intensidad, que Procopio, testigo presencial, cuenta que en un solo día perecieron 10,000 personas. La peste pasó en seguida á la Liguria, á las Galias, á España, á todas partes, haciendo tan horribles estragos que no había donde enterrar á los muertos.

Del siglo XI al XV se han conocido en Europa treinta y dos epidemias de peste, algunas de memorable recordación por lo terribles. En el siglo pasado espantaron también la de Marsella de 1720 y la de Moscu de 1771.

En el siglo XIX se ha visto que las invasiones de la peste se han ido reduciendo cada vez más; aislándose en ciertos focos, desde los cuales se ha asomado solamente á los países del Oriente de Europa. El año 1812 se presentó en Malta, Odessa y Bukarest. En 1828 apareció en Grecia, llevada por unos viajeros egipcios; en Turquía diezmo la población en 1837 y 1838; en Siria del 1838 al 1841; en Egipto de 1832 á 1845. En 1858 se presentó repentinamente la peste junto á Benghazi, en Trípoli, creyese que á consecuencia de un hambre espantosa que afligió á aquel país. En 1863 se declaró en Makiú, reducida comarca, muy montañosa, situada al Noroeste de la Persia cerca del monte Ararat. Más tarde, en 1867, se mostró en Mesopotamia, entre unas tribus árabes que acampaban á la orilla derecha del Eufrates cerca del sitio donde estuvo Babilonia. En 1870 apareció en las aldeas kurdas que bordan el Sur del mar de Urmiah, extendiéndose después á todo el Kurdistán. El año 1874 se presentó simultáneamente un foco en la Arabia y otro en Trípoli en el mismo sitio que en 1858. En los años de 1874 al 1877 se ha mantenido la peste en las comarcas del Irak-Arabi hácia el Sur de la Mesopotamia. El año 1876 estalló con tal fuerza en Bagdad que todos los atacados morían sin remedio. Por último todo el mundo recordará la formidable aparición que hizo en 1878 esta terrible plaga por las comarcas del Sudeste de Rusia que pertenecen al gobierno de Astrakan. Europa entera se llenó de pánico y empezaron á adoptarse las más severas precauciones. Afortunadamente el foco fué aislado perfectamente y en abril de 1879 ya estaba completamente extinguido. La mortalidad fué del 80 al 95 por 100 de los atacados.

De todos modos se ve bien claramente que los estragos de la peste ya no alcanzan aquellas espantables proporciones de la edad antigua y de la media. Su campo ha quedado reducido á unas cuantas zonas del Oriente donde la suciedad y la miseria son mayores, y aún en estos puntos no es endémica, habiendo ganado mucho la humanidad en esta parte. Hoy día ya no se consideran sucias y se sujetan á cuarentena las procedencias del Oriente, sólo por ser del Oriente, sino únicamente cuando provienen de puntos particularmente infestados. Desde que se celebraron las conferencias sanitarias internacionales de Constantinopla en 1865, el servicio sanitario de inspección y de prevención está bastante bien organizado, con el cual los países de Europa están defendidos contra las invasiones de la peste de la que nos resguardará también la mayor higiene, comodidad y cuidado con que ahora se vive en comparación con lo que en épocas anteriores sucedía.

Hay una forma especial de la peste que se llama *peste negra* ó de la India, que según unos se diferencia específicamente de la ordinaria ó levantina, y según otros, no hay divergencia esencial, sino en algunos accidentes, como por ejemplo, la intensidad, pues si en la peste negra no se presentan los tubérculos de la piel, es porque los atacados suelen morir al tercer día de afección pulmonar antes de que dichos tubérculos empiecen á formarse. La peste negra devastó á Europa desde 1345 á 1350; entró con los mogoles y llegó desde las fronteras suborientales rusas hasta las costas del Atlántico y del Mediterráneo. Despobló á Sicilia en 1346, á Constantinopla, Grecia, Chipre y Malta en 1347; á Marsella á fines del mismo año; á Módena, Aviñon, Narbona, y casi toda España en la primera mitad de 1348; Roma, París, Londres, Dinamarca y Jutlandia fueron diezmodos en 1349; Polonia, Austria, y Bélgica al fin del mismo año, y las comarcas del Norte de Rusia en 1350. El desastre fué espantoso. Florencia perdió 60,000 habitantes; Venecia 100,000; Marsella, en un mes, 16,000; Viena 70,000; París 50,000; Saint Denis 14,000; Aviñon 60,000; Londres 100,000. En ménos de cuatro años Europa perdió por este motivo *veinticinco millones de habitantes*, es decir, la cuarta parte de su población de entonces.

Causan horror las escenas á que la ignorancia y el espanto daban lugar en las comarcas invadidas. Sitios y ocasiones hubo en que poblaciones enteras fueron quemadas. Estaba terminantemente prohibido socorrer á los naufragos procedentes de lugares sospechosos. Miles de

desgraciados acometidos de la peste morían abandonados sin haber recibido socorros de ninguna clase, sufriendo á veces más del hambre y la sed que de la misma enfermedad con ser ésta tan terrible. Los más afortunados eran visitados desde lejos por los médicos armados de anteojos, y recibiendo por medio de máquinas los víveres que desde buenas distancias se les administraban. Frecuentemente los muertos quedaban días enteros entre los enfermos que aún vivían!

Por fortuna estas escenas de horror han desaparecido casi por completo. Los focos de la peste se han circunscrito cada vez más y tanto los modos de contener la invasión como de tratar á los apestados van siendo más humanos.

Respecto á los caracteres de la peste se sabe que ésta se trasmite ya por contacto, ya por las ropas, ya en fin por el aire, pero en una zona muy pequeña. Son muy curiosos algunos efectos del aislamiento ó incomunicación absoluta con los puntos infestados. Durante la gran peste de Moscou, la casa imperial de huérfanos que encerraba más de mil personas, cerró sus puertas y suprimió, en absoluto, toda comunicación con el exterior mientras duró la peste; no llegó á tener ni un solo atacado. Cuenta asimismo Bulard que durante las pestes que en la primera mitad de este siglo han atacado á las poblaciones de Oriente, los edificios que se sometieron á un aislamiento riguroso se vieron libres de la epidemia, citándose, entre otros, como casos muy notables, la escuela de Caballería de Giseh durante la peste de 1834; la escuela de Artillería de Tava; la escuela politécnica de Bulve; el harem de Cherify pachá, etc. En Constantinopla el palacio de Francia tenía un cuerpo de guardia ocupado por genzaros, pero separado del palacio por una doble reja. La epidemia se cebó en los genzaros y en cambio los moradores del palacio quedaron todos sanos y salvos. Estos hechos demuestran la utilidad de los cordones sanitarios y la utilidad de las cuarentenas bien entendidas.

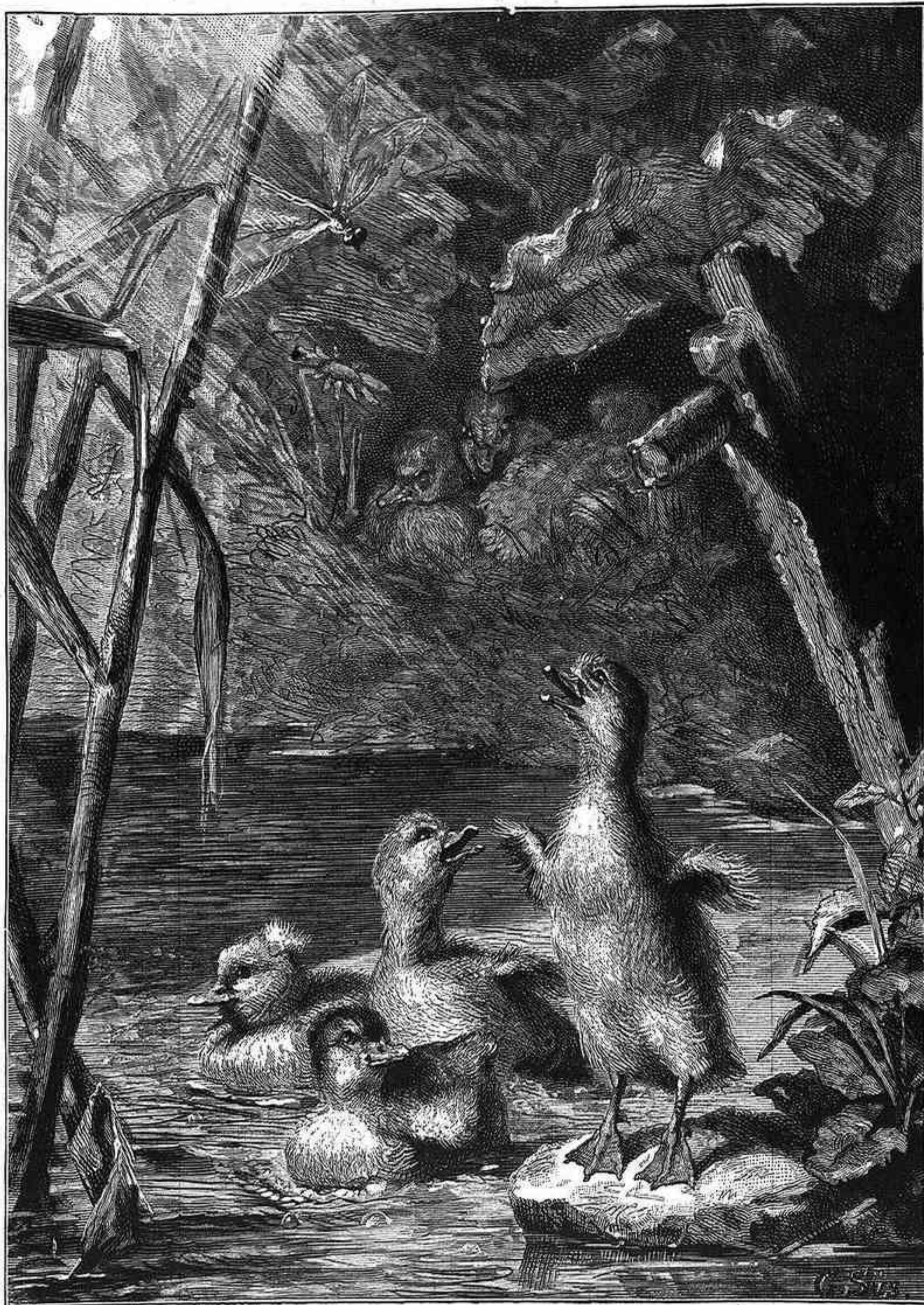
**

En cuanto á la fiebre amarilla, no puede decirse que

presente tanto interés para Europa, por ahora al menos. Su origen en el país donde es actualmente endémica, á saber, en la América Central, está envuelto en gran oscuridad, pues parece que ántes del descubrimiento del Nuevo Mundo ya diezaba á los indios aborígenes.

go, si la fiebre amarilla fuera lentamente aclimatándose en la América del Norte, sería difícil que Europa se escapase á invasiones generales de esta enfermedad.

DOCTOR HISPANUS



ENSAYO DE INDEPENDENCIA, cuadro por Gustavo Sus



LECCION DE GEOGRAFIA, cuadro por E. Pagliano